

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



**Año 1**  
**Número 2**

ENERO—AGOSTO 2025



# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Santos Guzmán López

RECTOR

Mario Alberto Garza Castillo

SECRETARIO GENERAL

Jaime Arturo Castillo Elizondo

SECRETARIO ACADÉMICO

José Javier Villarreal

SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA

Víctor Barrera Enderle

DIRECTOR DE LA CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Lizbet García Rodríguez

Roberto Kaput González Santos

EDITORES RESPONSABLES

José Vela

DISEÑO EDITORIAL

Valentina Moreno Chávez

Izamar Gómez Reza

CORRECCIÓN

Ángel H. Candelaria

Lázaro Izael

Nancy Elizabeth Lucio López

María Fernanda Ramos

Carlos Rutilo

Reyna Alejandra Vera Colunga

Verónica Zúñiga

EQUIPO EDITORIAL

En portada:

Rosario Castellanos. Fotografía: Cortesía Gabriel Guerra Castellanos.

Interfolia, año 1, no. 2, enero-agosto 2025, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, calle Pedro de Alba s/n, Ciudad Universitaria, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México, C. P. 66451, teléfono 81 8329 4015, [www.capillaalfonsina.uanl.mx](http://www.capillaalfonsina.uanl.mx), [revista.calfonsina@uanl.mx](mailto:revista.calfonsina@uanl.mx). Editores responsables: Lizbet García Rodríguez y Roberto Kaput González Santos. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2023-121911450000-102, **ISSN: EN TRÁMITE**, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este Número, Unidad de Informática INDAUTOR, Ing. Juan José Pérez Chávez, calle Puebla, 143, Col. Roma, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06700

Prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de los editores.

# Viaje al mito, de ida y vuelta, con escala en Wateke. (Show en tres actos y dos posibles finales altercados)

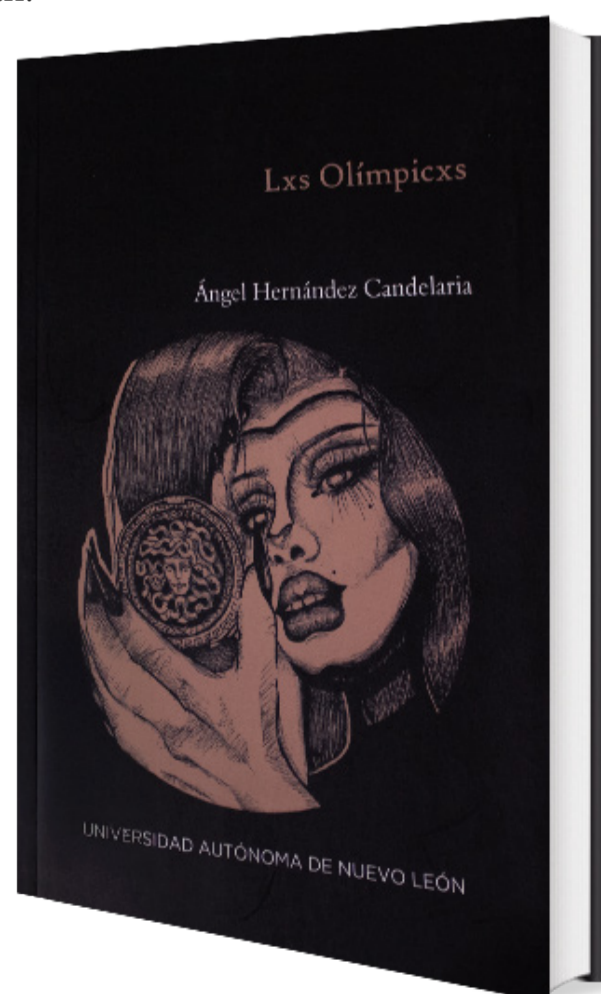
Dalina Flores Hilerio

Si hablar de literatura conlleva siempre una cuantiosa dosis de sinsentido, pues evidencia lo más profundo de nuestras pasiones en un terreno resbaladizo y muy propio para enseñar el cobre, hacerlo en específico sobre poesía resulta una especie de diálogo íntimo y personal que podría tenerse como onanista.

Pareciera entonces que hacerlo público fuera una especie de exhibicionismo; sin embargo, esta capacidad dialógica con uno mismo es una de las funciones con las que el arte literario nos enfrenta y nos sacude, como dirían Shklovsky o Kafka, para romper el anquilosamiento de nuestras rancias certezas, cuya vigencia depende de los estímulos que nos rodean.

Otra de las principales funciones del arte literario es su irremediable detonación de afectos y complicidades. La poesía, en particular, no sirve para nada, en términos capitalistas; sin embargo, acercarnos a los universos sensoriales del poema siempre nos arranca un poco de piel y, en carne viva, nos reconstruye con el otro. En el discurso lírico se desdibujan las fronteras, y poeta y lector cantan desde el silencio de sus propias pasiones.

Me resultará, entonces, un poco complejo compartir mi experiencia frente a *Lxs Olímpicxs*. En primer lugar, la dimensión mítica que vertebra las escenas y saberes de cada estampa arrastra mis personales lecturas de los clásicos y sus mitos; en segundo lugar, la cercanía afectiva que tengo con el autor, uno de mis cómplices literarios más queridos, atraviesa mi subjetividad y mis juicios seguramente estarán pletóricos de cariño.



Una vez advertido lo anterior, he de confesar que cuando Ángel mostró *Lxs Olímpicxs* en nuestras reuniones literarias, lo hizo un poco obligado, pues él estaba seguro de que era un proyecto escritural primerizo que ya no reflejaba la voz más lúdica, musical y devastadora que, poco a poco, se está erigiendo como médula de su oficio. Él sentía, por lo mismo, que volver a *Lxs Olímpicxs* era como travestirse de una voz antigua que ya no le pertenecía. Obviamente, cuando nos deslumbró con cada uno de los poemas que integran el poemario, nos dejó también un poco sin las otras palabras, las de la exégesis, pues no exagero si digo que nos deslumbró... como cuando llegas a un antro lleno de reflectores y estímulos auditivos y luminosos cuya cadencia, sin darte cuenta cómo, te va metiendo en un ritmo desde donde ya no puedes reconocer lo que realmente te rodea, pero que te invita a dejarte caer al abismo, sea cual sea, quizás un poco adormecido por un hechizo.

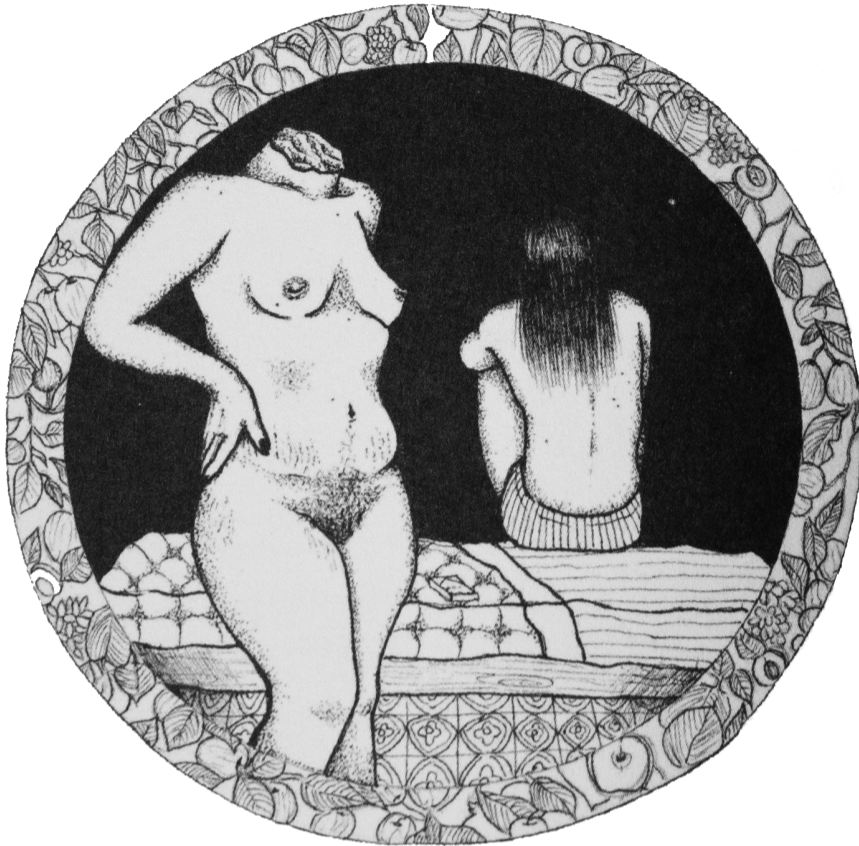
Y así, sin pretender entender ni valorar críticamente la poesía de H. Candelaria, me vi envuelta en un carnaval que me volcó nuevamente sobre los clásicos, pero también me desveló, en ambos sentidos: el de descubrir, quitar la capa, de un mundo excesivo y nocturno, ajeno, pero cercano y a la vez desconocido; y en el de pasar largas horas en vela, dejándome seducir por la pasión fresca y dolorosa de sus imágenes y registros, dentro de un vuelco musical liderado por la ardiente huella de la educación sentimental con que nuestras madres, tías y quizás otras colegas contemporáneas hemos vivido a través de la música pop de los últimos años del siglo XX.

A lo primero que me condujo su lectura es a leer con las entrañas, como lo hacía cuando era una joven aprendiz de bruja, donde los azoros endulzaban mis sentidos. Este acercamiento sensorial a cada uno de los poemas me abrió una especie de búsqueda ontológica, en debate entre el devenir y el ser, a través de la musicalidad y las evocativas imágenes reconstruidas sobre algunas de las tantas versiones de los mitos griegos. En ellas, prevalece la presencia de la Moira, quien, como maestra ceremonial, como memoria colectiva del funesto coro griego, nos pasea por las tablas, oscuros escenarios, coliseos, púlpitos en que se ofician los encuentros de los cuerpos y las carencias.

Con una destreza apabullante, H. Candelaria convoca a algunos de los personajes más frágiles y dolientes del mítico mundo griego y los pasea entre bailes y copeo desenfrenado, mientras los cuerpos en construcción se enfrentan con una realidad contemporánea que, justamente, es la prueba de su validez universal. Pero también nos advierte, en el epígrafe, desde la mirada de Pavese:

Superfluo rehacer a Homero. Hemos querido  
simplemente referir un coloquio que tuvo lugar  
la vigilia de la muerte

Y como si se abriera el telón con la palabra, el logos infinito que convierte a los mortales en dioses, la Moira teje, escribe, mide y se regodea en la urdimbre que su lengua convierte el escenario que nos convoca y enfrenta al destino y su fatalidad. Decreta que todo terminará deshecho. De inmediato, la voz lírica, entre sus juegos, nos ofrece lo ornamental, lo *fancy* como vía de escape, pero sabiendo que es imposible huir de sus tijeras, de su rueca, del hilo primigenio:



Interiores de Lxs Olímpicxs. Ilustración: Fenana

nosotras los viejas  
las nuevos  
los agrias  
sabemos  
de antemano  
que soñars vale la pena  
ni siquiera tú  
que me ves  
tan joven  
que me posas  
que me retas por altiva pájara de quinta  
conoces el peso de la sombra

Ante el dolor del propio destino, Moira enuncia que lo que queda es habitar el espacio del deseo inconcluso, el de los sueños, y convoca a personajes que han de cargar con tremendas *hybris*, fallas trágicas ineludibles, tan decadentes como humanas. Así, el primer acto se conforma por los poemas de Ganímedes, Casandra y Aquiles, inocentes y paupérrimos amigos, héroes presos de su destino. En “La vida es así”, Ganímedes sigue siendo el bellissimo efebo que surte la ambrosía en las copas de los sodomitas y tiránicos dioses griegos. Entonces y ahora, la vida sigue siendo así.

La palabra para el poeta es una red que aprisiona y detiene las imágenes, pero también un flujo perpetuo que convierte la materia en esencia universal; es un juego con el que transgrede la esencia de la lengua para mitigar las aflicciones de sentirse ajena, desapropiada:

y por más que una quiera  
no puede sacarse el anzuelo  
resbala  
del mandil  
y la cintura  
un florecido silogismo entre los muslos  
*tranquilo*  
*no te voy a molestar*

de antemano el deseo es arena fundida  
o notas altas  
cuando  
cigarro en mano  
vuelves a los cielos

La Durcal entra al escenario de tres pistas para dejarnos ver, más adelante, que el juego del lenguaje es una cosa muy seria donde se concatena la lírica popular y las pulsiones de Eros, hasta lograr un tejido donde no se distingue la intensidad de la memoria colectiva de los intentos por mitigar la tragedia permeada por el mito. A través de la ironía musical, a la que se suman los suspiros de Yuri, Selena, el mismísimo Juanga, Ana Gabriel, seguimos el recorrido trágico de los héroes en decadencia. En “Ora sí que ve y escúpele el hocico a tu abuela”, una aguerrida Casandra se enfrenta con dignidad al dios Apolo:

no me importa que perfumes narciso mis palabras  
no me importa  
conocerla la tragedia que guardas de la luz  
aunque vuelvas  
con la lengua gastada  
prefiero pudrirme a ser mendiga y colecta de tus caridades  
vete  
azorríllale el amor a quien tú quieras  
que no te necesito  
a ti ni al helado artificio de tu canción tiniebla  
*necesito amor*  
*necesito sentir vibrar mi cuerpo*  
no despertarme abandonada  
aún y cuando todo futuro  
lo descubra en una copa  
así que  
comper  
no van a jugarle el dedo en la boca  
aunque de azúcar te vistas  
a quien desde hace años  
sabe que el asco  
es el maestro de la vida

En el tercer poema del primer acto, un doliente Aquiles trata de afrontar bien su derrota y brindar por la muerte del joven Patroclo, arrancado de su lado:



anduve cauteloso el tejido de tu piel  
ese clavel que muele la sombra  
amor como el nuestro  
para encontrar tu cuerpo vacío  
a la espera de la caída del sol  
sobre un lecho de tierra  
laurel y terciopelo  
una mano de sol desamparado cinchó tu voz  
y sus latidos  
como si el amor entre los hombres fuera un  
chiste  
membrana u oropel  
condición que nos transforma  
y nos posee  
en boca viva  
zarpa tu balsa entre mis brazos  
amor  
y no queda  
y no me queda  
*y no me queda más*  
*que perderme en un abismo de tristezas*

134

Ante la dolorosa pérdida de Aquiles, Moira hace un intermedio, antes de dar inicio al segundo acto, como una especie de pase de lista, para verificar que no falte nadie en el teatro del destino. El poeta muestra, entre la fatigada bruma de la noche, las costuras con que se teje un carnaval en el que cada personaje se construye una identidad de máscaras para revelar lo que son, pero también, para lo mismo, se despellejan. En medio del caos, Moira se pregunta:

¿Qué será de nosotr\_s  
si en esta patria amurallada de rencores  
ya no queda tiempo para la ternura?

Para dar pie a los tres poemas que conforman el segundo acto, signado por la devastación: Dionisos y el amor propio; Cástor y Pólux, la idea del espejo con matices de incesto; y Sísifo, eterno repetirse desde el grito, los tres poemas representan una búsqueda que surge de la ignorancia y del reconocimiento propio, de personajes que denuestan su destino, pero aceptan la culpa que les ha bordado Moira sobre el pecho:

## *interfolia*

tantos placeres hemos de negar porque tiramos el salero en plena infancia  
será que la culpa es una vereda llena de espinas  
a qué olerán las azucenas después del amor  
te dije que me toca está noche dormir contra la pared

El ritmo y el lenguaje se van tornando más terrenales y sacrílegos para abrir espacio a otro corte de la Moira, quien vuelve con el logos –la palabra– como un travestismo que asalta la enervación de encuentros y pasiones, a construirnos un espacio para la risa nerviosa, esa que nos pica la conciencia:

*tú*  
*me has hecho vibrar*  
*sintiendo tu piel*  
despierta lentamente la ciudad  
*con tus fuerzas*  
fermenta  
el peligro en la lengua del tiempo  
que nos acompaña  
*lléname*  
*con tu cuerpo*  
entre la luz de un semáforo y el resguardo del tráfico  
*agótame*  
*con tus besos*  
dispáranos otra ronda

El tercer y último acto podría parecer que está compuesto de 5 poemas: Ícaro, Polifemo, Helena, Orfeo y Tiresias; sin embargo, los tres primeros, en armonía con la estructura del primer y segundo actos, proyectan el dolor de la existencia de forma contundente y violenta. La voz lírica en Ícaro nos seduce acompasando su mirada desde su propio ritmo. Como diva, nos recuerda que para hacer bien el amor hay que subir al sol; pero la culpa sin arrepentimiento nos deja silenciosos frente a este amor, del que no se habla cuando lo que se anida en el lecho son los cuerpos.

lo reconozco:  
no debiera gustar de la sal  
la húmeda fragancia  
que desprenden los claveles en ocasiones como esta  
sin embargo  
ser maricón no es cosa de un día  
se tarda mucho  
y mucho no bastaron las infografías

las pruebas gratuitas  
los condones regalados a cada esquina del leteo  
para evitar que la juventud  
se me derrita sobre la espalda  
para refundirme la mugre con fuego del abismo

La soledad de Polifemo, en el segundo poema, nos arrastra entre el lodo de sentirse ajeno, y la voz de Juanga nos recuerda que el hado se divierte inventando seres vetados para el amor:

como un puñal sobre la tierra al filo del agua  
habría disfrutado un frenesí de huesos  
trastocados por el hedor de la sangre  
que descarnan los rebaños cuesta adentro

pero se extiende el frío

una caverna  
se derrumba con el zumbido de una flor llena de escamas  
yo no nací para amar  
nadie nació para mí  
en esta platina cenagosa del anoche  
su voz resuena como un timbal ofrendoroso  
último pistilo del deseo

136

El último poema (del tercer acto) ofrece una sustancia volátil surgida del beso entre la belleza y la muerte; de la culpa que escarba entre los restos de un cuerpo ignoto, entre expectativas ajenas. De la simpleza con que se podría elegir ser una misma, la mirada construye diques alrededor del deseo y lo asfixia:

repetidas veces anochece  
*detrás de mi ventana*  
una covachita dorada  
inmensa de placeres  
de ángulos rectos que se desatan  
la armadura a trazos paralelos  
¡y ya me cansé!  
repetidas veces me cansé de tanto que se dice  
del sol y de la norma

La voz del poeta insiste y nos pregunta para qué sirve la docilidad ante la mirada de los otros:

para qué trotar quebrado  
al quite de claveles  
desamparos y corolas  
estas palabras  
que repetidas veces  
nos han muerto entre las manos

La ceguera y la belleza danzan ahítas de sí mismas entre ecos que rebotan en las paredes, rodeadas de oropeles, ovaciones, palabras que se cuelan en el frío. Ante los estragos del propio exterminio, el escenario de la comedia universal de los anhelos y las ruinas, al final, reconoce que los dioses, las moiras o el destino labran de infamia los caminos.

Al final, frente a la furia del martillo que se cierne sobre la frágil esperanza de los seres, Orfeo y Tiresias logran infringir las murallas olímpicas para hablar frente a frente con la Moira. Obtienen poderes que los hermanan a los dioses y los llenan de soberbia; entonces no queda sino recuperar lo que de humano queda en sus caminos. Cuando parece que su propia arrogancia los fulmina, la palabra les devuelve la fortuna, y le da, a Orfeo, la oportunidad de redimirse:

mi voz  
herida  
que es la palabra herida  
sobre los surcos del río  
donde me siento cantarle al romance  
donde se queman las manos  
el cobre y la bondad en esta  
la hora de las lamentaciones  
recorremos aquellos besos  
con la sed  
de quien observa la profundidad  
y el derrumbe del oro  
en las pupilas



En contrapunto, el poema de Tiresias, quien juega y sabe el destino de hombres y mujeres sin fronteras, nos pierde entre las dudas. Al final sigue flotando la pregunta que reverbera a lo largo de *Lxs Olympicxs*: ¿habrá lugar para la ternura? La voz del mito griego tejido por la pluma (o los teclazos) de

H. Candelaria es implacable; más allá de la pregunta, nos quedamos flotando en el sinsentido de la búsqueda, mientras compartimos la ceguera del oráculo:

ya vienen de nuevo el olvido  
su mañanita de oro  
y sobre todas las cosas  
la culpa  
pero bueno  
si eso buscabas  
corazón  
esto es todo lo que hay  
¿amor?  
¿y para qué quieres tú cantar del amor  
chamaco pendejo?  
mira  
cállate mejor  
mejor  
tócame la cara  
siente cómo se espigan las grietas  
su vid  
mírame  
mírame bien y que esta ausencia frente a ti  
temple tu batalla  
bájame el cierre  
tómame algo  
ponte la máscara  
y no vuelvas  
no vuelvas hasta que sepas algo más de la ceguera

138

Ángel H. Candelaria es un poeta audaz que se arriesga en cada letra; que siembra flores en un territorio agreste, a través de venablos insolentes que se clavan en las buenas conciencias. En este primer libro seduce a la muerte/Moira/destino/tiempo, convertida en postrer amante, cuyos ojos siembran vida a través de, quizás, un poco de esperanza.

---

Nota de los editores: *Lxs Olímpicxs* se encuentra disponible en el Fondo Universitario (FUNI) de Capilla Alfonsina de la Biblioteca Universitaria. Este acervo reúne obras de diversas disciplinas —científica, histórica, económica, social, educativa, religiosa, política, filosófica y literaria— que comparten la característica de haber sido escritas por investigadores, catedráticos y estudiantes de la UANL, además de haber sido editadas por la misma institución.